

Las últimas obras de Usigli: Efebocracia o gerontocracia?

A SELA RODRÍGUEZ-SEDA

Las promociones más recientes de autores teatrales mexicanos le han objetado a Rodolfo Usigli la creación de lo que ellos consideran un teatro viejo y caduco, alejado de las nuevas tendencias renovadoras. Esta crítica, que testifica la falta, poca o moderada popularidad de Usigli entre los jóvenes, ha provocado justificadas respuestas por parte del mismo Usigli. Sus últimas producciones, *Los viejos* (1971), y *¡Buenos días, señor Presidente!* (1972), se hacen eco de este conflicto, y exponen, aunque en diferentes planos, la posición de Usigli frente al problema generacional.

En *Los viejos* Usigli se vale del enfrentamiento antitético entre el "Viejo Dramaturgo" y el "Joven Dramaturgo" para criticar no sólo las nuevas tendencias dramáticas sino para señalar el cisma generacional patente en todas las actividades socio-político-culturales del ser humano. La visita del "Viejo Dramaturgo" al "Joven" para reprocharle su comportamiento por haber abandonado la sala de teatro antes de finalizar una obra suya, y por haber escrito una denigrante crítica teatral, le sirve a Usigli para presentar un tenso y dramático confrontamiento entre dos actitudes ante la creación teatral: la aristotélica y la anti-aristotélica, y para delatar ciertos procedimientos e ideas de los jóvenes. Por un lado denuncia algunos males del mundo profesional como la actitud irresponsable del joven crítico que compone sus crónicas teatrales sin haber leído ni visto completamente una obra determinada, y el insensato rechazo del teatro tradicional, de las ideas y obras de los dramaturgos viejos porque éstos no tienen nada "que decirnos ni que enseñarnos."¹ Por otro lado el autor recalca la falta de comunicación entre las generaciones, y el anhelo de cada sector por imponer sus criterios y sistemas como soluciones a los problemas de la sociedad. Ante la antinomia teatral y generacional el "Viejo Dramaturgo" propone la creación de un nuevo teatro edificado sobre "la generosidad de la juventud y la experiencia de la madurez contra los errores del mundo" (42). Aunque el "Joven" ofrece gran

resistencia a los argumentos del "Viejo," él va gradualmente aceptando algunas de sus ideas, y comprende que "un mundo poblado sólo de jóvenes sería tan estúpido como mi gerontocracia" (72). Finalmente el "Joven Dramaturgo," que originalmente condenó la vejez como "la corona de la ineptitud, de la imbecilidad" (22), termina por admitir su equivocación, y por aceptar el compromiso reconciliador artístico-generacional del "Viejo Dramaturgo."

Si en *Los viejos* la confrontación entre las generaciones jóvenes y adultas se da en un plano artístico, en la obra más reciente de Usigli, *¡Buenos días, señor Presidente!* se plantea en el ámbito de la política.² Sin embargo, contrario a la primera, esta "moralidad en dos actos y un interludio" termina con una nota pesimista al mostrar la imposibilidad de establecer una república dirigida por jóvenes sólomente. Ambas constituyen enérgicos ataques contra las posturas de la juventud frente o lo tradicional, y lo establecido, así como en contra de la rebeldía injustificada, la insensatez, la intransigencia y el extremismo que se perfila tanto en el joven como en el adulto.

¡Buenos días, señor Presidente! parece ser la última acometida contra la formación de gobiernos formados exclusivamente por jóvenes. Ya en 1935 el argentino Ramón Doll había escrito combatiendo el extremismo de la juventud. Bernard Shaw, en el Post-Scriptum a la edición de 1944 de *Back to Methuselah* también arremetió contra las ligas juveniles que entonces pedían la sustitución de los estadistas viejos para salvar de ellos a la civilización. Para él, los jóvenes eran peores que los viejos, y éstos a su vez resultan muy jóvenes para sus puestos. La solución para el irlandés radica en la prolongación de la existencia ya que ésta es demasiado corta para adquirir la experiencia y sabiduría necesaria para manejar hábilmente el difícil arte de la política. Otros han diferido al puntualizar que el progreso se apoya, no en la prolongación de un estado o de la vida, sino en la oposición dinámica de fuerzas reaccionarias y revolucionarias, es decir, en la lucha permanente entre el instinto de conservación—carácter habitual de la vejez—y el instinto de innovación—atributo ordinario de la juventud. Estas dos posiciones son las que Usigli presenta bajo nuevas y controversiales perspectivas.

Usigli, inspirado en las manifestaciones de 1968, especialmente en la masacre de Tlatelolco, en la lectura de la biografía del Che Guevara, la obra de Jens Bjørneboe, *Semmelweis*, y de *Back to Methuselah*, re-escribe el mito de Segismundo, siguiendo a su vez el esquema dramático y en parte ideológico de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca. Usigli crea un nuevo Segismundo—Harmodio—que, como el de Calderón, lucha contra lo establecido, el destino, y sobretodo contra su propia naturaleza humana.

La obra sigue fielmente el desarrollo dramático de *La vida es sueño* pero sólo hasta el desenlace, exhibiendo entonces la pieza una estructura cíclica. Mientras en Calderón triunfa la implantación de un nuevo orden (el representado por Segismundo, que trae consigo la subordinación del gobierno senecto a una posición secundaria), en Usigli se re-integra el antiguo régimen. Se recogen aquí los estériles esfuerzos por establecer una efebocracia deseosa de eradicar los males e injusticias socio-políticas y culturales de un país. Harmodio, el líder de veintidós años, después de una sangrienta manifestación donde ha sido herido despierta como presidente de su país. Su victoria significa el establecimiento de un gobierno joven basado en "la razón, el hombre y la vida"(20) pero este joven idealista,

impulsivo y hedonista comienza por rechazar la cooperación de los mandatarios senectos, por encarcelar a sus oponentes, y por intentar resolver peticiones y favores en su lecho presidencial. Por medio de un hipnótico le impiden realizar sus intenciones y es encarcelado en un abandonado castillo. Esta experiencia le hace reflexionar sobre su conducta y, si vivir es soñar, opta por soñar con "sapiencia y bondad." Como el "Joven Dramaturgo," él ve la necesidad de llegar a una negociación que consiste en establecer un gobierno de coalición en el que "participen los miembros más experimentados y más probos de regímenes anteriores y de otros partidos que pudieran constituirse" (76). Los ideales de crear un gobierno puro y justo quedan truncados cuando sus mismos colegas, dominados por la insidia, envidia y ambición lo traicionan. El asesinato de Harmodio, la restitución del gobierno por los adultos, y la displicencia de éstos ante el crimen confieren el tono fatalista a la obra.

Entre las figuras que han moldeado el pensamiento de Usigli, además de Calderón, encontramos a la de Bernard Shaw. En el extensivo ensayo que precede a la obra Usigli plantea varias interrogantes, ¿Tienen razón los jóvenes al condenar el orden establecido?, ¿Están ellos mejor preparados que sus predecesores para manejar la imperecedora pesadilla de la política? Después de analizar la situación en torno a las oportunidades y desventajas que pueden afrontar los jóvenes estadistas y de bosquejar la labor de varios prodigios políticos, Usigli concluye que con raras excepciones el progreso en diferentes áreas del conocimiento se ha logrado gracias a las contribuciones de genios maduros como Platón, Aristóteles, Plotino, Sófocles, Miguel Angel, Da Vinci, Goethe, Kant, Pasteur, Einstein, Shaw, Picasso, y Casals. Para reafirmar sus ideas Usigli se apoya en las ideas de Shaw, en particular en la "evolución creadora" según él la expone en *Back to Methuselah*. Ambos coinciden en opinar que la prolongación de la vida no es un hecho ni increíble ni acientífico, y cifran sus esperanzas en que tal acontecimiento metabiológico suceda para que la vejez deje de ser una degeneración y se convierta en una culminación. La experiencia y la sabiduría parecen sólo obtenerse con la vejez, pero algunos podrían impugnar que ni la juventud ni la senilidad dan u otorgan méritos como el talento, la experiencia, el saber, la iniciativa, la honradez, y la valentía sino que tales atributos aparecen indistintivamente en el ser humano. En el hombre—joven o adulto—hay que mirar sus acciones, su pensamiento, no la edad. Desde luego Usigli también sabe exponer el lado nefasto de la generación adulta.

La brutalidad policial contra los jóvenes manifestantes queda expuesta en los primeros momentos de la obra mientras la violencia, esta vez por los jóvenes, reaparece al final de la misma. Detrás de la tragedia se esconden los consabidos argumentos de defensa. La bella Alma defiende a su novio, militar que disparó contra los manifestantes señalando que él sólo obedecía órdenes. El gobierno sostiene que atacaron para salvar el país de una catástrofe recordándonos *Noche de estío* (1934)³ donde en situación análoga el gobierno afirma nunca haber disparado contra estudiantes sino contra el desorden y anarquía, equiparándolos con subversión, turbulencia, y falta de principios. En Usigli el grave conflicto generacional queda mayormente planteado haciéndole justicia a ambos sectores. Sin embargo Usigli parece inclinarse por la gerontocracia cuando no se puede obtener la conveniente colaboración de los dos grupos: los jóvenes y los adultos. Ambas

obras teatrales parecen responder a las injustificadas críticas de que ha sido objeto el dramaturgo por las generaciones de jóvenes.

Rutgers University

Notas

1. Rodolfo Usigli, *Los viejos* (México: Finisterre, 1971), p. 14. Todas las citas de esta obra provienen de esta edición.
2. Rodolfo Usigli, *¡Buenos días, señor Presidente!* (México: Joaquín Mortiz, 1972). Todas las citas provienen de esta edición.
3. Vea *Teatro Completo*, I (México: Fondo de Cultura Económica, 1963), pp. 207-208.